

que habíamos pasado el día anterior. Wheler dice que forman la cordillera del monte Timno; comimos en Manda-Fora. Espon y Tournefort escriben *Mandagoia*, y en este punto se ven algunas columnas antiguas. Es el sitio donde los viajeros suelen pernoctar; pero pasamos adelante, y nos detuvimos á las nueve de la noche en el café de Emir-Capi, casa aislada en medio de los bosques. Habíamos hecho una jornada de trece horas; el dueño de la casa acababa de espirar, y estaba tendido sobre una estera que le quitaron en breve para dármele; aun estaba tibia, y ya todos los amigos del difunto habían abandonado la casa. Una especie de criado, único dependiente que allí se veía, me aseguró que su amo no había muerto de enfermedad contagiosa; hice, pues, estender mi tapiz sobre la estera, me acosté y me dormí. Otros dormirán á su vez sobre mi último lecho, sin ocuparse mas de mí de lo que yo me ocupaba del turco que me había cedido su puesto: «Arrójase un puñado de tierra en la cabeza al que muere, y todo concluye para siempre (1).»

El 10, despues de seis horas de marcha, llegamos para desayunarnos á la agradable aldea de Souseverlé, que es acaso el Sousurluck de Thevenot; y á no dudarlo, es el Sousighirli de Espon y el Sousonghirli de Tournefort; esto es, la aldea de los Búfalos de Agua. Está situada al fin y al lado opuesto de las montañas que acabábamos de pasar. A quinientos pasos de la ciudad corre un río, y á la otra orilla de este se estienda una hermosa y dilatada llanura. Este río Sousonghirli es el Gránico, y esta llanura ignorada es la de la Misia. (2)

¡Oh, qué prestigio es el de la gloria! Un viajero va á atravesar un río que nada notable presenta; dícese que el río se llama Sousonghirli, y pasa y continua indiferente su camino; pero si alguno le grita: «Ese río es el Gránico!» retrocede, abre sus ojos lleno de asombro, y fija sus miradas en la corriente, cual si sus aguas estuviesen dotadas de algun poder sobrenatural, ó cual si en ellas hubiese resonado alguna voz extraordinaria. ¡Y un solo hombre basta á immortalizar de esta manera un pequeño río en un desierto! Aquí se desploma un imperio inmenso; allá se levanta otro mayor aun; el Océano Indico oyó la caída del trono que se hundió cerca de los mares de la Propóntide: el Ganjes vió correr á sus orillas al Leopardo de las cuatro alas, (3) que triunfó en las márgenes del Gránico; Babilonia, edificada por el rey en el esplendor de su poder, (4) abrió sus puertas para recibir á un nuevo dueño. Tiro, reina de los bajeles, (5) desaparece, y su rival surge de las arenas de Alejandria.

Alejandro cometió crímenes; su cabeza no pudo resistir la embriaguez que le produjeron sus victorias; pero ¡con cuánta magnanimidad rescató los errores de su vida! Sus crímenes fueron espiados siempre por sus lágrimas; todo en Alejandro salía del corazón. Empezó y concluyó su carrera con dos palabras sublimes. Al partir á hacer la guerra á Dario, distribuyó sus Estados entre sus capitanes, que le preguntaron atónitos: «¿Qué te reservas; pues?» «¡La esperanza!» contestó el héroe. «¿A quién legas el imperio?» preguntáronle de nuevo esos mismos capitanes, cuando espiraba. — «Al mas digno.» Coloquemos entre estas dos palabras la conquista del mundo, llevada á cabo con treinta y cinco mil hombres en menos de diez años, y confesemos que si algun hombre se ha asemejado á un dios entre los hombres, es Alejandro. Su muerte prematura imprime cierto sello divino á su memoria, pues le vemos siempre jóven, apuesto y vencedor, sin ningun-

(1) Pascal.
(2) Espon y Tournefort toman como yo el Sousonghirli por el Gránico.
(3) Daniel.
(4) Id.
(5) Isaías.

no de esos achaques corporales, sin ninguno de esos contratiempos de la fortuna que los años y el instable curso de las cosas humanas traen consigo. Esta divinidad se desvanece, y los mortales no pueden sostener el peso de su inmensa obra. «Su imperio, dice el profeta Daniel, fue entregado á los cuatro vientos del cielo.»

Detuvimosnos durante tres horas en Sousonghirli, y las pasé enteras contemplando el Gránico. Corre en un álveo muy profundo, y su orilla occidental es áspera y escarpada; las aguas, limpiadas y transparentes, corren sobre un fondo de arena, y en el lugar donde las vi no tienen mas de cuarenta piés de anchura, sobre tres y medio de profundidad; pero en la primavera crecen y corren impetuosas.

Salimos de Sousonghirli á las dos de la tarde, y atravesando el Gránico, entramos en la llanura de la Mikalicia (6), comprendida en la Misia de los antiguos, y fuimos á pernoctar á Tehutitsi, que es tal vez el Squeticui de Tournefort. El kan estaba lleno de viajeros, lo que nos obligó á acomodarnos debajo de unos corpulentos sauces, simétricamente plantados.

Al amanecer del 11 partimos, y dejando á la derecha el camino de Bursa, continuamos marchando por una llanura cubierta de juncos terrestres, en la que descubrí los restos de un acueducto.

A las nueve de la mañana llegamos á Mikalitzza, populosa ciudad turca, triste y ruinosa, situada á la orilla de un río á que da su nombre. Ignoro si este río es el que nace en el lago Abouilla; lo cierto es que se descubre á lo lejos un lago en la llanura. En este caso, el río de Mikalitzza sería el Rindaco, antiguamente el Lico, que nacia en el *Stagnum Artinia*; é induce á hacerlo creer así la circunstancia de tener precisamente en su embocadura la pequeña isla (Besbicos), indicada por los antiguos. La ciudad de Mikalitzza no está muy distante del Lopodion de Nicetas, que es el Loupadi de Espon, el Lopadi, Loubat y Ouloubat de Tournefort. Nada molesta mas á un viajero que esta confusión en la nomenclatura de los lugares; y si en este particular he cometido errores casi inevitables, suplico al lector que recuerde que otros hombres mas sabios que yo se han equivocado en lo mismo.

Abandonamos á Mikalitzza á medio día, y siguiendo la orilla oriental del río bajamos á unas tierras ásperas que forman las costas del mar de Mármara, llamado en otro tiempo la Propóntide. A mi derecha divisé unas soberbias llanuras, un vasto lago, y á lo lejos la cordillera del Olimpo; todo este pais es magnífico. Despues de haber cabalgado hora y media, atravesamos el río por un puente de madera, y llegamos al desfiladero de las alturas que á la vista teníamos. Allí encontramos la escala ó el puerto de Mikalitzza, y despidiendo á mi truhan guia, fleté una barca turca que iba á hacerse á la vela para Constantinopla.

A las cuatro de la tarde empezamos á bajar el río; desde la escala de Mikalitzza hasta el mar hay diez y seis leguas. El río presentaba ya la anchura del Sena, y corría entre unos verdes montecillos cuyo pié bañaban las tranquilas aguas. La forma antigua de nuestra embarcacion, el traje oriental de los pasajeros, los cinco marineros medio desnudos que nos remolcaban por medio de una cuerda, la hermosura del río y la soledad de sus orillas hacian aquella navegacion muy pintoresca y agradable.

A medida que nos acercábamos al mar, el río formaba á nuestra espalda un largo canal, en cuyo fondo se retrataban las alturas de donde salíamos, y cuyos planos inclinados estaban iluminados por el sol, que se perdía en el ocaso. Los cisnes nos precedian bogando magestuosos, y las garzas reales iban á buscar á tierra el acostumbrado albergue. Esto me recordaba bastante fielmente las escenas de América, cuando en la

(6) Tournefort escribe *Michalicia*.

noche dejaba mi canoa de corteza y encendí mi hoguera en ignota playa. Las colinas entre que serpenteábamos se replegaron súbitamente á derecha é izquierda, y el mar se presentó á nuestros ojos en toda la plenitud de su pompa. Al pié de los dos promontorios se dilataba una tierra baja, medio anegada, formada por las avenidas del río, y fuimos á anclar en esta tierra pantanosa, no lejos de una cabaña, último kan de la Anatolia.

El 12, á las cuatro de la mañana levamos anclas, y siendo el viento suave y próspero, en menos de media hora nos hallamos á la estremidad del río. Espectáculo tan grandioso merece ser descrito. La aurora despuntaba á nuestra derecha sobre las tierras del continente, y á nuestra izquierda se estendía el mar de Mármara; la proa de nuestra barca miraba á una isla; el cielo se pintaba al oriente de un rojo intenso, que palidecia á medida que la luz adquiría nuevos grados de fuerza; la estrella de la mañana brillaba en aquella claridad purpurina; y mas abajo de este hermoso luminar, percibíase escasamente el semicírculo de la luna, semejante al rasgo del mas delicado pincel; un antiguo hubiera dicha que Venus, Diana y la Aurora bajaban á anunciarle el mas brillante de los dioses. Este soberbio cuadro cambiaba á medida que lo contemplaba: pocos momentos despues, una especie de rayos de color de rosa y verde, irradiándose de un centro comun, subieron del levante al zenit; estos levisimos colores se disiparon, se reanimaron y tornaron á disiparse, hasta que el sol, mostrándose magestuoso en el mágico horizonte, confundió todos estos matices del cielo en una blancura universal, ligeramente dorada.

Hicimos rumbo hácia el Norte, dejando á nuestra derecha las costas de la Anatolia; el viento se echó una hora despues de la salida del sol, y adelantamos á remo. La calma duró todo el día, y la puesta del sol fue fria, roja y sin accidentes de luz; el horizonte opuesto era ceniciento; la mar de color plomizo y sin aves; las costas distantes parecían azuladas, pero sin brillo alguno. El crepúsculo, de breve duracion, fue súbitamente reemplazado por la noche; á las nueve de esta, el viento se levantó del lado de Oriente y nuestro camino fue rápido. El 13, al brillar la nueva aurora, nos hallamos en la costa de Europa en frente del puerto de San Estéban; dicha costa era baja y desnuda. Hacia dos meses, día por día y casi hora por hora, que habia salido de la capital de los pueblos civilizados, é iba á entrar en la de los pueblos bárbaros. ¡Cuántas cosas habia visto en tan breve espacio de tiempo! ¡Cuánto me habian envejecido estos dos meses!

A las seis y media pasamos delante del Polvorin, edificio blanco y largo, construido á la italiana, á cuya espalda se estendía la tierra de Europa, de aspecto llano y monotonó. Varias pequeñas poblaciones, anunciadas por algunos árboles, estaban diseminadas aquí y acullá; aquel terreno parecia un paisaje de la Beauce, despues de la cosecha. Mas allá de la punta de esta tierra, que se encorbaba á manera de media-luna á nuestra vista, descubriáanse algunos minaretes de Constantinopla.

A las ocho, un caique se acercó á nuestro bordo; y como estábamos casi detenidos por la calma, dejé la falua y me embarqué con mis criados en aquel. Costeamos la punta de Europa, donde se eleva el castillo de las Siete-Torres, antigua fortaleza gótica que se desploma por momentos. Constantinopla, y especialmente la costa de Asia estaban envueltas en la niebla; los cipreses y los minaretes que descubria á través de este vapor, presentaban el aspecto de un bosque seco. Al acercarnos á la estremidad del Serrallo, el viento del Norte empezó á soplar, y barrió en pocos minutos la bruma esparcida por el cuadro; y me hallé de repente en medio del palacio del jefe de los creyentes; aquel mágico efecto pareció obra del golpe de la vara

de un genio. A mi frente serpenteaba el canal del Mar Negro entre dos risueñas colinas, á la manera de un río soberbio; á mi derecha veía el Asia y la ciudad de Escútari; Europa se ostentaba á mi izquierda, y formaba, ahuecándose, una espaciosa bahía, llena de bajeles de alto bordo, y atravesada por innumerables barquichuelos. Esta bahía, encerrada entre dos colinas, presentaba en perspectiva y en anfiteatro, á Constantinopla y Galata. La inmensidad de las tres ciudades que se desplegaban á mi vista, Galata, Constantinopla y Escútari; los cipreses, los minaretes, los mástiles de los buques que se elevaban y confundian por donde quiera; la frondosidad de los árboles; los colores blanco y encarnado de las casas; el mar que estendia al pié de estos objetos su alfombra azul, y el cielo que desplegaba sobre nuestras cabezas su tambien azul pabellon: he aquí lo que atónito admiraba. Nada se exagera cuando se dice que Constantinopla presenta el punto de vista mas hermoso del universo. Prefiero, no obstante la bahía de Nápoles.

Llegamos á Galata, donde observé al punto el movimiento de los muebles, la multitud de conductores de cargamentos, y de marineros; estos anunciaban en el diverso color de sus rostros, en sus diferentes idiomas, en sus extraños trajes, túnicas, sombreros, gorros y turbantes, que habian ido de todas las regiones de Europa y Asia á habitar aquella magnífica frontera de los dos mundos. La ausencia casi total de mujeres, la falta de vehiculos de ruedas, y las traillas de perros sin dueño, fueron los tres caracteres distintivos que desde luego hirieron mi atencion en el interior de esta ciudad extraordinaria. Como todos los habitantes calzan babuchas, y no se oye el ruido de coches ni carros, ni hay campanas, ni casi oficios de martillo, el silencio es continuo. Veis en vuestro derredor una muchedumbre muda, que parece quiere pasar desapercibida, y que intenta siempre sustraerse á las severas miradas de un amo. Llegais sin cesar de un bazar á un cementerio, como si el destino de los turcos en la tierra fuese comprar, vender y morir. Los cementerios sin paredes, y colocados en medio de las calles, son magníficos bosques de cipreses; las palomas anidan en ellos y participan de la eterna paz de los finados. Aquí y allá descúbrense algunos monumentos antiguos, que no tienen relacion alguna con los hombres modernos, ni con los nuevos monumentos que los rodean; podria creerse que han sido trasladados á esta ciudad oriental por el maravilloso efecto de un talisman. Ninguna esterioridad de alegría, ningun indicio de felicidad se muestra á vuestros ojos; lo que veis no es un pueblo, sino un rebaño que un iman conduce y un genizaro deguella. No conoce otro placer que la disolucion, ni otro castigo que la muerte. Los tristes sonidos de una cítara salen alguna vez del fondo de un café, y allí veis á unos niños degradados que ejecutan obscenos bailes delante de una especie de micos sentados circularmente en unos pequeños taburetes. En medio de las prisiones y mazmorras descuella un Serrallo, ominoso capitolio de la esclavitud; en él, un guarda sagrado conserva solícito los mortíferos gérmenes de la peste y las leyes primitivas de la tiranía. Muchos pálidos adoradores giran sin cesar en torno del templo, y van á presentar sus cabezas al torpe ídolo. Nada puede sustraerles al cruel sacrificio: un poder fatal les arrastra, que los ojos del despota atraen á los esclavos, no de otro modo que las miradas de la serpiente fascinan á los pájaros de que insaciable se alimenta.

Tenemos tantas relaciones de Constantinopla, que seria una necedad hablar mas sobre esta capital. Hay en Pera muchas posadas, semejantes á las demás de Europa; los conductores que se apoderaron de mi equipaje me condujeron á una de ellas, desde donde me trasladé al palacio de la Francia; allí tuve el honor de ver al general Sebastiani, embajador á la sazón de la

este país cerca de la Puerta, y que no solo me exigió que me sentase todos los días á su mesa, sino que, solo cediendo á mis reiteradas instancias, me permitió volverme á la posada. Los señores Franchini, hermanos, primeros dragomanes de la embajada, me obtuvieron, los firmantes necesarios para mi viaje de Jerusalén, por orden del general, quien agregó á estos documentos algunas cartas para el padre guardian de Tierra-Santa y para nuestros cónsules de Egipto y Siria. Temiendo que pudiese llegar á faltarme el dinero, el embajador me permitió tomar sobre su crédito letras de cambio pagaderas á la vista, donde quiera que pudiese necesitarlas; y por último, uniendo á estos servicios de primer orden las atenciones de la urbanidad, quiso mostrarme por sí mismo á Constantinopla, y se tomó el trabajo de acompañarme á los monumentos mas dignos de atención. Sus edecanes y toda la embajada me colmaron de tantas muestras de aprecio, que estaba verdaderamente confundido; considero, por lo tanto, como un deber manifestarles aquí mi viva gratitud.

No sé cómo hablar de otra persona que hubiera debido nombrar antes que á todas las demás. Su estrechada bondad se unia á una gracia interesante y melancólica que parecia un presentimiento del porvenir; no obstante, era feliz, y una circunstancia aumentaba su felicidad. Yo participe de aquella alegría, que debía trocarse en largo duelo. A mi salida de Constantinopla, la esposa del general estaba llena de salud, de juventud y esperanza; y aun no habia regresado yo á nuestra patria, cuando ya no podia oír la espresion de mi agradecimiento.

..... Troja infelice sepultum
Detinet extremo terra aliena solo.

Habia á la sazón en Constantinopla una diputación de religiosos de Tierra-Santa, que habian ido á reclamar la proteccion del embajador contra la tiranía de los gobernadores de Jerusalén. Aquellos religiosos me dieron cartas de recomendación para Jafa. Por otra felicidad, la nave que llevaba los peregrinos griegos á Siria, se hallaba próxima á darse á la vela, al soplar un viento favorable; de manera que si mi proyectado viaje á la Troade no hubiera fracasado, no hubiese podido aprovechar el de la Palestina. Mi ajuste con el capitán quedó concluido en breve, y el embajador, bondadoso siempre, hizo llevar á bordo en mi obsequio las mas esquisitas provisiones. Dióme por intérprete un griego llamado Juan, criado de los señores Franchini; así, pues, colmado de deferencias y buenos deseos, el 18 de setiembre me embarqué en el buque de los peregrinos.

Confieso que si me era sensible dejar á unos huéspedes tan amables, me era muy grato abandonar á Constantinopla. Las sensaciones que involuntariamente se experimentan en esta ciudad, desvirtuan su hermosura: al recordar que aquellos campos fueron habitados en otro tiempo por los griegos del Bajo-Imperio, y que hoy los pueblan los turcos, se advierte el extraño contraste que presentan en ciertos casos los pueblos y los lugares; parece que unos esclavos tan viles y unos tiranos tan crueles no hubieran debido profanar jamás tan magnífica morada. Habia llegado á Constantinopla el día mismo en que estallara una revolución, y los rebeldes de la Romelia se habian acercado á las puertas de la ciudad. Preciso á ceder á la tormenta, Selim habia depuesto y desterrado á los ministros del desagrado de los genizaros; esperábase, pues, de un momento á otro que el estampido del cañon anunciase la caída de las cabezas proscritas. Cuando contemplaba los árboles y el palacio del Serrallo, no podia dejar de compadecer al dueño de aquel vasto imperio (1).

(1) La trágica muerte de Selim justificó plenamente mi compasión.

¡Oh! ¡Cuán miserables son los déspotas en medio de su felicidad, cuán débiles en medio de su poder! ¡Cuán dignos son de lástima al hacer correr las lágrimas de tantos hombres, sin tener la seguridad de no derramarlas algun día; sin poder disfrutar del sueño de que en su saña privan al desgraciado!

La permanencia en Constantinopla me era insoponible. Solo me es grato visitar los lugares embellecidos por las virtudes ó por las artes, y no hallaba estas ni aquellas en la patria de los Focas y los Bayacetos. Mis deseos no tardaron en verse realizados, pues levamos áncoras el mismo día de mi embarco, á las cuatro de la tarde. Desplegamos alegres la vela al viento del Norte, y bogamos hácia Jerusalén bajo la bandera de la cruz, que ondeaba protectora en los mástiles de nuestro bajel.

TERCERA PARTE

VIAJE Á RODAS, JAJA, BELÉM Y AL MAR MUERTO.

ERAMOS cerca de doscientos pasajeros, entre hombres, mujeres, niños y ancianos, y se veian otras tantas esteras, colocadas por orden á entrambos lados del entrepuente. Una tira de papel, pegada al costado del buque, indicaba el numero del propietario de la estera, y cada peregrino habia colgado á su cabecera su bordon, su rosario y una pequeña cruz. El camarote del capitán estaba ocupado por los papas, conductores de la comitiva, y á la entrada de este camarote se habian improvisado dos antecámaras; yo tenia el honor de habitar uno de aquellos agujeros negros, de cerca de seis piés en cuadro, con mis dos criados; una familia ocupaba el otro, en frente de mí. En aquella especie de república cada cual desempeñaba sus quehaceres á su voluntad: las mujeres cuidaban á sus hijos; los hombres fumaban ó preparaban su comida, y los papas hablaban entre sí. Oíanse por todas partes los sonidos de las cítaras y los violines y las liras; la multitud cantaba, bailaba, reía y rezaba, y la alegría era general. Los pasajeros me decian: «¡Jerusalén!» señalándome el Mediodía; y yo les respondía: «¡Jerusalén!» En fin, á no ser por el miedo hubiésemos sido la gente mas feliz del mundo; pero no bien soplaban el mas ligero viento, los marineros amainaban las velas y los peregrinos esclamaban: *Christos, Kirie eleison*; mas, cuando pasaba la tempestad, recobrábamos el perdido valor.

Por lo demás, no he observado ese desorden de que hablan algunos viajeros; lejos de esto, nadie ofendió el decoro y la decencia. Desde la primera tarde de nuestra partida dos papas hicieron la oración, á la que todos asistíamos con el mayor recogimiento. Bendijose el buque, ceremonia que se renovaba á cada nueva tempestad. Los cantos de la Iglesia griega tienen bastante dulzura, pero poca gravedad. Una cosa escitó mi atención: un niño empezaba el versículo de un salmo en un tono agudo, y lo sostenia así sobre una sola nota, mientras un papa cantaba el mismo versículo sobre un tono diferente y en cañon, es decir, empezando la frase cuando el niño habia pasado ya de la mitad. Tienen un admirable *Kirie eleison*, reducido á una nota, sostenida por diferentes voces; unas graves y otras agudas, que ejecutan, *andante* y *mezza voce*, la octava, la quinta y la tercera. El efecto de este *Kirie* es sorprendente por su tristeza y magestad, siendo indudablemente un resto del antiguo canto de la primitiva Iglesia. Creo que la otra salmodia pertenece á ese canto moderno, introducido en el rito griego hácia el siglo iv, y de que San Agustín se quejaba con harto fundamento.

Al día siguiente de nuestra partida, la calentura volvió á apoderarse de mí con bastante intensidad; esto me obligó á permanecer acostado en mi estera. Atra-

vesamos rápidamente el mar de Mármara (la Propóntide); pasamos delante de la península de Círcia y de la embocadura de Egos-Pótamos, y costeamos los promontorios de Sestos y de Abidos: Alejandro y su ejército, Jerjes y su escuadra, los atenienses y los espartanos, Hero y Leandro no pudieron vencer el dolor de cabeza que me abrumaba; pero cuando el 21 de setiembre, á las seis de la mañana, me dijeron que íbamos á doblar el castillo de los Dardanelos, los recuerdos de Troya curaron mi calentura. Artrastréme sobre el puente, y dirigí mis primeras miradas á un enhiesto promontorio, coronado de nueve molinos: era el cabo Sigeo, á cuyo pié distinguí dos *tumulus*, los sepulcros de Aquiles y de Patroclo. La embocadura del Simois estaba á la izquierda del castillo nuevo de Asia; mas allá, á nuestra espalda, subiendo hácia el Helesponto, descollaban el cabo Reteo y la tumba de Ajax. En último término se alzaba la cordillera del Ida, cuyas laderas, vistas desde el punto donde me hallaba, parecian suaves y de un color agradable. Tenedos se mostraba en frente de nuestra popa: *est in conspectu Tenedos*.

Recorria con ávidas miradas aquel hermoso cuadro, pero la dirigia involuntariamente al sepulcro de Aquiles, recitando estos versos del poeta:

«El ejército de los belicosos griegos eleva en la orilla un monumento espacioso y admirado; monumento que se descubre á lo lejos al cruzar los mares, y que atraerá las miradas de las generaciones presentes y de las futuras razas.»

Las pirámides de los reyes de Egipto valen muy poco cuando se comparan con la gloria de ese sepulcro de césped cantado por Homero, y en cuya busca corrió Alejandro.

En aquel momento experimenté un efecto notable del poder de los sentimientos y de la influencia del alma sobre el cuerpo. Habia subido al puente dominado por la calentura; pues bien: el dolor de cabeza cesó de repente, sentí renacer mis fuerzas; y, lo que es aun mas extraordinario, todas mis fuerzas intelectuales; es verdad que veinte y cuatro horas despues, la calentura volvió á acometerme.

Nada tengo de qué acusarme: habia proyectado dirigirme por la Anatolia á la llanura de Troya, y el lector sabe ya la causa que me obligó á renunciar á mi propósito; quise trasladarme á ella por mar, y el capitán del buque se negó tenazmente á dejarme en tierra, aunque estaba obligado á hacerlo en virtud de nuestro ajuste. En el primer momento, estas contradicciones me causaron mucho disgusto, pero hoy me consuelo de él. He sido engañado tantas veces en Grecia, que acaso me esperaba la misma suerte en Troya. A lo menos he conservado todas mis ilusiones relativamente al Simois; y tengo además la buena suerte de haber saludado una tierra sagrada, y de haber visto las olas que la bañan y el sol que la alumbra.

Me admiro de que los viajeros, al hablar de la llanura de Troya, omitan siempre los bellos recuerdos de la *Eneida*. No obstante, Troya es la gloria de Virgilio como es tambien la de Homero. Extraño destino es el del país que ha inspirado los mas hermosos cantos á los dos poetas mas eminentes del mundo. Mientras veia desaparecer las costas de Ilión, procuraba recordar los versos que con tanta fidelidad pintan á la flota griega zarpando de Tenedos, y acercándose, *per silentia luna*, á aquellas solitarias orillas que pasaban alternativamente á mi vista. En breve unos gritos lastimosos sucedieron al silencio de la noche, y las llamas del palacio de Priamo iluminaron aquel mar que nuestra nave surcaba tranquilamente.

La musa de Eurípides, haciéndose cargo de estos dolores, prolongó las escenas de tristeza en aquellas trágicas playas:

EL CORO.

«¡Hécuba! ¿ves á Andrómaca que se acerca en un

«carro ajeno? Su hijo, el hijo de Héctor, el jóven Astianax, sigue el seno materno.»

HÉCUBA.

«¡Oh mujer desgraciada! ¿á qué lugares eres conducida, rodeada de las armas de Héctor y de los despojos de la Frigia?.....»

ANDRÓMACA.

«¡Oh dolores!»

HÉCUBA.

«¡Mis hijos!»

ANDRÓMACA.

«¡Desdichada!»

HÉCUBA.

«¿Y mis hijos?»

ANDRÓMACA.

«¡Acude, esposo mio!»

HÉCUBA.

«¡Sí! ¡ven, azote de los griegos! ¡Oh, tú, el primero de mis hijos! Restituye á Priamo en los infiernos la que en la tierra le estuvo tan tiernamente unida.»

EL CORO.

«Solo nos quedan nuestras amarguras y las lágrimas que derramemos sobre estas ruinas. Los dolores han sucedido á los dolores.... ¡Troya ha sufrido el yugo de la esclavitud!»

HÉCUBA.

«¡Así, pues, el palacio donde me hice madre, ha venido á tierra!»

EL CORO.

«¡Oh hijos míos! ¡vuestra patria está convertida en un desierto! etc. (1).»

Mientras así me ocupaba de los dolores de Hécuba, los descendientes de los griegos parecian regocijarse aun en nuestro bajel de la muerte de Priamo. Dos marineros se pusieron á bailar sobre el puente, al compás de una lira y de un tamboril, ejecutando una especie de pantomima. Ya levantaban sus brazos al cielo, ya apoyaban una de sus manos en sus caderas, estendiendo la otra, como un orador que pronuncia una arenga; luego aplicaban esta mano al corazón, á la frente y á los ojos. Todo esto se mezclaba con ademanes mas ó menos extravagantes, sin carácter pronunciado, bastante parecidos á las contorsiones de los salvajes. A propósito de los bailes de los griegos modernos, el lector puede ver las cartas de Mr. Guys y de madama Chenier. A esta pantomima sucedió una rueda, que pasando y volviendo á pasar por diferentes puntos, reproducia bastante bien los asuntos de esos bajos-relieves en que se ven bailes antiguos. Por fortuna, la sombra de las velas del buque me ocultaba un poco el rostro y vestido de los actores, y así podia trasformar mis desaliñados marineros en pastores de Sicilia y de Arcadia.

Continuando el viento siéndonos favorable, atravesamos rápidamente el canal que separa la isla de Tenedos del continente, y costeamos la Anatolia hasta el cabo Baba, en otro tiempo *Lectum Promontorium*. Entonces hicimos rumbo hácia el Oeste, para doblar la punta de la isla de Lesbos á la entrada de la noche. En Lesbos nacieron Safo y Alceo, y la cabeza de Orfeo llegó á sus orillas, repitiendo el nombre de Eurípides:

(1) *Las Troyanas*. Teatro de los griegos. Traducción francesa.